

Adiós, Virgencita : me voy esperando
qui me concedás toos mis anhelos,
qui en cambio de tántas ternuras,
Mamita del cielo,
yo aquí ante tu imagen
llorando prometo,
ser en esta vida
mu dulce y mu güeno.

NICOLÁS BAYONA POSADA

Colegio del Rosario : 1914

UNA PÁGINA SOBRE GRECIA

Como virgen de fantástica belleza sonriente, serena, llena de luz, de vida, de envidiable encanto, osténtase altiva en su armonioso conjunto la vieja Grecia, magna en su casta y bella en sus recuerdos.

Todavía la Grecia es antigua para los que la aman y hallan deleite en visitar los escombros de sus lejanas glorias, y la conocen a fondo históricamente. El docto, el letrado, el arqueólogo, el filólogo, el historiador, el filósofo, en suma, el hombre civilizado y culto, aman con ardor la Grecia, toda vez que ella constituye la fuente inagotable de aguas puras en donde todos han ido a beber la ciencia y el arte. Por eso, mientras haya civilización y florezcan las artes y las ciencias, la Grecia siempre vivirá y su recuerdo será, según la bella expresión del poeta, semejante a las notas de una flauta, "*más sentidas cuanto más lejanas.*"

Quien visite en estos tiempos la Grecia moderna, alcanzará a divisar, en medio de ruinas y de miserias, al través de lo moderno, aquella antigua Grecia en donde vio la luz primera el ciego bardo de Chio y en donde floreció Pericles, sin que resten de ella hoy día sino infelices huellas de grandeza, visitadas con igual cariño y devoción con que suele ser visitado el célebre "cemen-

terio de una aldea," magistralmente cantado por el sentido Gray.

Al penetrar en la Grecia lo primero que se bosqueja, y a grandes distancias, son sus más salientes picos de montañas. Allí están, en efecto, como colosos de grandes epopeyas, inmóviles, severos y huraños, al través de tantos siglos y generaciones: el Oeta, ceñido con la franja azul del mar y a su lado el memorable desfiladero de las Termópilas; el Parnaso, el Helicón, el Citerón y el Pentélico, no lejos de los famosos llanos de Maratón, en donde se hallan los sepulcros de los griegos que murieron en la batalla de los persas.

Todas estas encumbradas cimas tienen su historia y viven del recuerdo de igual manera que toda la Grecia, porque hasta las mismas riberas de sus mares, alfombradas de abundantes pastos, de flores aromáticas, de olmos, olivos y naranjos, son recuerdos de algo memorable que pasó y no vuelve.

El suelo de la Grecia es la historia de una grandeza destronada y condenada a sepultarse para siempre entre sus propias ruinas, pero que nunca muere.

Quien haya recorrido el suelo de la vieja Grecia y conozca a fondo su historia, su literatura, sus ciencias, sus artes, su religión, sus ritos, sus gobiernos, sus leyes, sus instituciones; en una palabra, quien haya estudiado detenidamente la psicología de su raza, podrá confesar ante el mundo civilizado que es imposible que este pueblo preexcelso entre todos, se borre de la memoria de los hombres con la rapidez y facilidad con que se extingue lo efímero e inestable: una columna de humo... la huella que deja un bajel a su paso... Si la nación griega desapareciera, si se perdiera su historia, bastarían su filosofía y su literatura para hacer revivir la gloriosa Grecia de los siglos de Homero, de Platón, de Aristóteles y de Sócrates... Ella es la joya más preciada de la rica diadema de soles que brillan sobre sus sienes y ella es toda la ilustre Grecia de entonces. Pero a su filosofía y a su literatura no le van en zaga tratándose de su im-

portancia, aunque en esfera diferente, la historia y los grandes monumentos que han quedado como testigos fidedignos para responder a las futuras generaciones que interrogan el pasado. Se pregunta a la historia, y ella muestra sus páginas sagradas y enseña con autoridad cuál fue el origen, la formación, el crecimiento, el esplendor, la gloria de aquel pueblo de colosos, en quienes parece se combinaron todas las circunstancias favorables para desenvolver y aguzar su ingenio, como dice Taine; y en fin, enseña cuál fue la decadencia de aquel pueblo, y cuando a esto último responde, abre un inmenso paréntesis y deja que lo cierren los monumentos dispersos aquí y allá, como restos de una civilización fenecida.

¡Oh, los monumentos que impresionan tan vivamente el espíritu con sus tintes de tristeza soberana y con la sonrisa dejativa y desdeñosa del recuerdo! El Ladón, el inolvidable Ladón, que tiene frondas tan frescas como el aliento de un niño, y aguas tan puras como cristales, y que sin duda son las más bellas de la tierra, constituye un risueño monumento para el que se haya beneficiado con la sombra de sus olivos y naranjos, y haya bebido el delicioso néctar de sus aguas. Allí, en esa sombra regalada, como bajo las naves de un hermoso templo que tiene por cúpulas las altas cimas de los floridos árboles que embalsaman el ambiente, deleitada con el bello panorama que se destaca ante sus ojos, sin otro ideal que el placer que se experimenta ante lo bello que seduce, acariciada por el blando beso de una brisa ligera y al influjo de los abrasadores rayos de un sol de medio día, Clitia, la joven hechicera, sentada sobre la fresca grama, acompañándose con su lira, cantaba los amores de Dafne ensoñadora.

Megalópolis, la grande ciudad, con sus soberbias murallas y sus altas torres, es también un grato monumento que trae a la memoria el recuerdo de Epaminondas, su ilustre fundador. Y ¿quién no estimará como monumentos de relativa importancia, la pequeña gruta de

Elio, que albergó a la inconsolable Ceres por la pérdida de su hija Proserpina, y a Cafies, memorable por la famosa fuente en cuyo suelo se levantaba el plátano de Menelao, en que este príncipe grabó su nombre antes de partir al sitio de Troya? Sofis, una de las más antiguas ciudades de la Grecia, qué es, sino un famoso monumento, testigo fidedigno de las contrarias rutas que por allí tomaron el crimen y la virtud: a un lado, esquivando la mirada, señala el sepulcro del matricida Alcmeón, vil instrumento de su hermano en el delito; y a otro, extendiendo el brazo y con apacible rostro, se complace en indicar la pequeña heredad del pobre y virtuoso Aglao, más feliz que el rey de Lidia, en sentir del oráculo.

También allí está la abatida y silenciosa Mantinea, contemplando sus históricos monumentos con una expresión de amargura tan honda y tan triste, que se diría es un buitres que deja escapar un gemido al sentirse herido en la mitad del corazón. Entre Mantinea y la religiosa Tegea, que levantó un soberbio templo a Minerva Alea, surge el monte Menalo, desde donde se destaca la histórica llanura, uno de los más grandes monumentos de Grecia, en donde Epaminondas rinde su alfanje a la traidora muerte, que se sintió afrentada ante la gloria que mereció al guerrero el triunfo de una brillante jornada.

Argos, hé aquí uno de los más bellos monumentos de la Grecia: la ciudad se desplaza rítmicamente graciosa al pie de una risueña colina; sus torres blanquecinas asoman como cuellos de garzas por entre las copas de los árboles, sus edificios amplios, sencillos y elegantes, sus estatuas ideales, su cielo siempre azul, su atmósfera de continuo apacible, dan por resultado uno de los más bellos cuadros de la naturaleza, lo que en parte ha contribuido al brillo y esplendor que esta afortunada ciudad dio al Peloponeso y a la Grecia en general. En vano Micenas quiso emularla con su gloria de un día, obtenida sobre ella merced al influjo de los Pe-

lópidas cuando sentaron allí sus reales e hicieron de ella una codiciada mansión. Los Pelópidas dieron a Micenas la aurora de su poderío, y Diomedes y Estenelo le dieron su ocaso. De allí en adelante, como una viuda que se esconde acongojada en el silencio del olvido cuando nota la ausencia de su dulce amigo por quien era feliz, Micenas se ostena abandonada y sola. Dijérase, al contemplar estas dos ciudades, que Micenas asiste a los funerales de su grandeza, en tanto que Argos, vestida de gala, celebra sus bodas. Argos es, en efecto, todo movimiento y alegría: sus calles se animan, resucitan con las sentidas armonías de los afamados músicos que, siempre de humor, hacen de la vida una fiesta; las notas armónicas que se confunden con los golpes secos y continuos de cinceles que caen sobre el mármol, el ruido de las gentes de la ciudad, el lenguaje animado y culto de los argivos, todo en conjunto produce una impresión agradable en el oído atento del viajero. En efecto, el cincel de los argivos ha conquistado merecida fama universal: delicado y muy inspirado fue el de Policeto, quien superó al inmortal artista de la Venus de Milo, por las nuevas bellezas que añadió a la naturaleza humana en tiempo de Pericles. Las estatuas de un Policeto, de un Praxiteles, que adornan las plazas y jardines de la ciudad, denuncian, por los delineamientos, por las formas acabadas, por el espíritu, por el sentimiento y por el gusto soberanamente sencillos, el elevado ideal de sus artistas, que sin duda han llegado a la meta de la perfección. La estatua del ínclito Telesila, colocada sobre una columna enfrente del templo de Venus; el grupo de Aperilao, en actitud de dar muerte al espartaco Otríadas; la colosal estatua de la diosa Juno, del maestro Policeto; y en uno de los templos de Argólida, el grandioso grupo de Cleobis y Bitón, que arrancan del carro de su madre Cídipa y la llevan en triunfo hasta el templo de Juno, son altas manifestaciones de una perfección inimitable. "Una estatua greca, dice Taine, es un gran trozo de mármol o de bronce, y una grande estatua está

casi siempre aislada en su pedestal; no se le puede dar un gusto demasiado vehemente, ni una expresión demasiado apasionada, como acontece en la pintura, o se acepta en el bajo relieve; porque el personaje resultaría afectado, forzado, para hacer efecto, y se correría el riesgo de caer en el estilo de Bernin. Por otra parte, una estatua es sólida, su torso y sus miembros pesan, se puede dar vueltas en torno de ella; el espectador tiene conciencia de su masa material; por regla general la estatua está desnuda o casi desnuda. La estatuaria se ve, por consiguiente, obligada a dar al tronco y a los miembros una importancia igual a la de la cabeza y a amar la vida material tanto como la vida moral. La civilización griega es la única que ha llenado estas condiciones. En este estado y en esta forma de la cultura, el artista se interesa por el cuerpo; el alma no tiene subordinado a éste, reducido al último plano; vale por sí mismo. El espectador concede igual valor a las diferentes partes, nobles o no nobles; al pecho que respira poderosamente, al cuello flexible y fuerte, a los músculos que se deprimen o se hunden al rededor de la cadera, a los brazos que lanzaron el disco, a las piernas y a los pies, cuya enérgica fortaleza lanzará al hombre hacia adelante en la carrera o en el salto."

La historia de los orígenes del arte estatuario greco ofrece por cierto un especial interés que bien merece recordarse: a mediados del siglo VII Butades de Sicione tuvo la idea de modelar y de cocer al fuego figuritas de arcilla; Roikos y Teodoro de Samos hallan el medio de vaciar el bronce en moldes, y más tarde, Melas de Chio hace las primeras estatuas de mármol; entonces el arte empieza su avance ascendente al través de dos siglos sucesivos, hasta que llega a la perfección después de las gloriosas guerras médicas. Pero para haber alcanzado este resultado final, fue preciso hacer primero el hombre viviente, es decir, empezar por poner en juego sus facultades espirituales de que estaban bien dotados los griegos, templar el alma y la voluntad,

inculcándole los ideales más nobles de cultura y hacer del cuerpo un modelo que debiera copiar fielmente el arte. De ahí su perfección y de ahí también el interés que se ponía porque cada griego fuera un sér bello, un héroe, un gigante que supiera luchar, lanzar el disco o la lanza, correr a pie o en corro, y sobre todo descollar en la calistécnica *καλλιτεχνικα*, o arte de hacer bellos los cuerpos humanos. Jenofonte dice que merced a este arte en Esparta se hallan los hombres y las mujeres más bellos de la Grecia. Los espartacos ejercitan las piernas, los brazos, el talle, los hombros, el cuello, en suma, todo el cuerpo, no sólo en la adolescencia, sino durante la vida, y se cuenta que un adolescente censuraba a su rival por tener delgado el cuerpo. Las jóvenes tenían también sus gimnasios y se ejercitaban en ejercicios propios de su sexo. Las fiestas, las ceremonias que se hacían después de las victorias alcanzadas demandaban cuerpos bien hábiles y ejercitados: Sófocles danza desnudo el Poeán después de la victoria de Salamina, y anteriormente Pselis danza y arroja coronas en derredor de la estatua del filósofo Teodecto. Aristófanes augura bella salud al joven que ame la gimnasia. "Tendrás siempre el pecho lleno, blanca la piel, anchas las espaldas, grandes las piernas... vivirás bello y floreciente en las palestras; irás a la academia a ponerte a la sombra de los olivos sagrados, junto con una corona de juncos y flores en la cabeza, con un discreto amigo de tu edad, y de tu elección, perfumado por el buen olor del smilax y del álamo lleno de brotes, gozando de la primavera cuando murmura el plátano después del olmo." Pero es tiempo de volver de nuevo a Argos, en donde tiene su trono el viejo Agamenón, para conocerle y saber lo que fue para con la ciudad; una sola frase basta para apreciar en su justo valor al ilustre teucro: fue Agamenón el esplendor de Argos, como lo fue de Roma Augusto.

No lejos de Argos, a cinco cuartos de legua, se levanta el hermoso templo de la diosa Juno, al pie del

Eubea, en una de las pintorescas márgenes por donde corre un riachuelo cristalino. La sencillez y la elegancia conciertan con la solidez del recinto de la diosa, del que una sacerdotisa, que se consagra a su servicio desde niña, hace de él su mansión y cuida del culto y de las fiestas; sí, de las fiestas que se celebran en honor de aquella divinidad, a las que asisten gentes de todas partes, siendo digno de memoria sobre todo el desfile de sus procesiones: adelante rompen la marcha parejas de bueyes adornados con guirnaldas, los que van destinados al sacrificio; en seguida el brillante cortejo de jóvenes argivos, lujosamente ataviados con ricos vestidos y armaduras refulgentes, danzando y cantando, preceden a la sacerdotisa y, por último, ésta cierra el desfile con su elegante carro, tirado de dos bueyes más blancos que la nieve. ¡Qué bello espectáculo! Cualquiera, al verle, creería estar en Samos en uno de los fastos días de Polícrates, y ver en cada uno de aquellos jóvenes a Hibico y Anacreonte, que ordenan las fiestas y componen los versos y la música; a Cleóbulo, el de los bellos ojos de virgen; a Smerdies, el de los abundantes cabellos rizados; a Batilo, el mágico flautista de las diosas.

A una corta distancia de Argos está una antiquísima ciudad, que es uno de los monumentos de mayor autoridad entre los griegos: ésta es Tirinto, la de las brutales murallas que no dieron puertas al arte, y en las que el cincel se sintió como empequeñecido ante el poder de la materia.

Una de las ciudades que suele ser visitada con mayor frecuencia y con legítimo placer, es Epidauro: después de haber dejado atrás, en pocas horas, los azules horizontes de Tirinto, el viajero siente una grata impresión ante la perspectiva del cuadro halagador que se dibuja de lejos: nuevas brisas, nuevos horizontes, nuevos pueblos, un mar que brilla como un espejo con la luz solar, y además un cielo de vida es lo que aparece y forma en la lejanía el contorno confuso del paisaje, que se va desenvolviendo a medida que se aproximan las]

distancias y se aprecian los lugares y las cosas: Hermione y Trezen a un lado, y, costeano el mar, el risueño golfo donde está edificada Epidauro; y enfrente la isla de Egina, célebre por la religiosidad con que ha sabido guardar las pintorescas ruinas de su templo de Minerva.

Epidauro es un monumento muy apreciado, sobre todo de los enfermos que van a visitar el templo de Esculapio en busca de salud, y la generosa acogida de sus hospitalarios habitantes es sin duda lo que más ha influido para que los peregrinos la miren como a su ciudad natal. Con dificultad se logra ver bosques tan hermosos y amenos como los perfumados que rodean el templo de Esculapio. Allí, en aquel sagrado recinto, surge imponente de oro y de marfil la magistral estatua de Trasimedo de Paros. El dios está sentado en el trono con un perro a sus pies; tiene un palo en una mano y alarga la otra sobre una serpiente que está en actitud de enderezarse para tocarle, y sobre el trono están las hazañas de los héroes.

Después de Nemea, famosa por los juegos que celebra en honor de Júpiter, y que presentan igual interés al de los olímpicos, es preciso, para completar esta página sobre Grecia, entrar a la soberbia Atenas.

El fondo del valle, dice un afamado geógrafo, y las hoyas lacustres de la Grecia oriental, y sobre todo su posición esencialmente peninsular entre el golfo de Corinto, el mar de Egina y el largo canal de Eubea, hacen de esta región la más viviente de la Grecia; es la comarca histórica por excelencia y la cuna de las soberbias ciudades de Tebas, Atenas y Megara. En efecto, la Grecia oriental es una región ideal, paradisiaca, toda vida, amor y fuego; es el emporio de la civilización greca y el arca sagrada de las grandes conquistas intelectuales. La Beocia y la Atica es lo más valioso e importante que posee, y aunque exista entre las dos el contraste, no por eso se aminora la unidad del conjunto que encadena la belleza física de la Beocia con la belleza moral e intelectual de la Atica. Beocia, por la be-

lleza de su suelo, rivaliza con la Argólida; es un soñado oasis. La Atica sublime, en cambio, no admite rival, porque ella se basta, no hay grandeza greca que le supere, ni acaso que le iguale; es una constelación de soles que ilumina sus propias glorias. La Atica es árida, la tierra se ha desmoronado; una débil capa de tierra vegetal cubre los terrados de sus rocas, sus valles se abren libremente hacia el mar; la piedra áspera y desnuda, un cielo puro pinta sus montañas de variados matices y el agua azul del mar Egeo la baña en su base; la península se prolonga hacia el lugar de las olas y termina en la cadena de las Cíclades. Se respiran brisas frescas de una atmósfera excelente: las brisas de Atenas, las dulces y clementes brisas atenienses que inspiraron felizmente a Eurípides este precioso canto: "¡Oh vosotros, descendientes de Erecto, felices desde la antigüedad, hijos queridos de los dioses bienaventurados! Cultiváis en vuestra sagrada patria y jamás conquistada, la gloriosa sabiduría como un fruto de vuestro suelo, y marcháis constantemente con una dulce satisfacción en el éter resplandeciente de vuestro cielo, donde las nueve sagradas musas de Pieria nutren la Harmonía, vuestra hija común, entre lazos de oro. También se dice que Cipria, la diosa, ha sacado de las olas del Hissus bellas ondulaciones, y que las ha repartido por el país bajo forma de céfiros dulces y frescos, y que siempre la seductora beldad, coronándose de rosas perfumadas, envía los amores para que se junten con la venerable sabiduría y para sostener las obras de la virtud." Atenas, el centro de la civilización griega, la joya más preciada de la Grecia, el ideal de los artistas, la inspiración de los poetas, la madre de la filosofía, de la elocuencia, de la historia, de las leyes, del arte y de la ciencia en general, la regía Atenas del período ático, es hoy día más bien un sombrío recuerdo que no una realidad. Sus ruinas milenarias devoran con ojos voraces la soledad y el silencio del augusto camposanto. Causan pavor y espanto el contemplarlas; el corazón se siente

comprimido y el alma quiere llorar. ¿Por qué se le flagela con tan bárbaro rigor?... ¿Es acaso culpable para que los dioses la abandonen?... ¡Nada se sabe!... ¡Todo es misterio!... Sólo un lejano remedo de voz humana trae el viento cuando invade el silencio de la Acrópolis y pega en los flancos de los derruidos monumentos. ¿Es acaso el viejo Solón que legisla, o Demóstenes que hace vibrar la tribuna, o bien es el divino Sócrates que enseña, o Platón y Aristóteles que filosofan?... Nada se escucha con precisión, y otras veces con tal obsesión de sentidos parece que los sonidos y las voces vienen del soberano recinto de Minerva, o son los coros del teatro de Esquilo, Sófocles y Eurípides en *Coéforas*, *Edipo Rey* y *Andrómaca*. La mirada del viajero que recorre todas aquellas ruinas se fija por más tiempo y con mayor interés en el Partenón, la obra principal de la arquitectura griega y de la antigüedad. Aunque hecho casi jirones por las bombas de Vinicio Morosini, sin embargo le es dado al viajero apreciar el estilo dórico de las elegantes columnas de los Propileos, las líneas ligeramente curvas; la gracia, la delicadeza, la divinidad de lo sobrio, su rica bordadura y ornamentación; la finura del mármol; sus bellos frontones, que representan, respectivamente, el nacimiento de Minerva y la disputa que tuvo con Neptuno; sus frisos decorados de bajos relieves; y, en fin, en el interior la estatua griso-efantina, de oro y de marfil, de la diosa Minerva, la más pura de las diosas, la hija del pensamiento divino, grave, silenciosa, altiva.

"Entregado a sí mismo, dice Taine, el templo griego permanece y subsiste; se mantiene en su firme asiento; su misma masa le consolida en vez de quebrantarle. Sentimos el equilibrio estable de sus divinos miembros, porque el arquitecto ha manifestado la estructura interna por las exterioridades visibles, y las líneas que halagan a la vista con proporciones armoniosas, son precisamente las líneas que contentan la inteligencia con promesas de eternidad. Añadid a este aspecto de fuerza su aire de

facilidad y de elegancia ; el edificio griego no se propone solamente durar como el edificio egipcio. No está como agobiado bajo el peso de su materia, a semejanza de un Atlas obstinado y obeso: se desarrolla, se despliega, se yergue como un bello cuerpo de Atleta, en que el vigor concuerda con la forma y la serenidad. Considerad también su ornamentación, los troqueles que decoran su arquitectura, los remates de oro, las cabezas de león que bullen a pleno sol, los filetes, y, a veces, los esmaltes que serpentean en sus capiteles; el revestimiento de bermellón, de minio, de azul, de ocre pálido, de verde, de todos los tonos vivos o tenues que, mezclados y opuestos como en Pompeya, dan al ojo la sensación de la sana y franca alegría meridional. Contad, en fin, los bajos relieves, las estatuas de los frontones, los espacios entre los triglifos, los frisos, sobre todo la efigie colosal de la celda interior, todas las esculturas de mármol, de oro, de marfil, todos estos cuerpos heroicos o divinos, que presentan a los ojos del hombre las imágenes perfectas de la fuerza viril, de la perfección atlética, de la virtud militante, de la nobleza sencilla, de la serenidad inalterable. . .”

El inmortal Fidias, el insuperable artista de la Venus de Milo, es el alma de estas grandiosas maravillas. En estas obras el artista ha dejado, si cabe decirlo, su vida, su calor, su inspiración y su ingenio; y puede asegurarse que por ellas llegó a la meta de la perfección artística.

Al lado de esta augusta ruina se levantan otros monumentos menos bellos, pero no menos importantes, que datan también del gran período del arte: la capilla de la Victoria sin alas, el Erecteón, el templo de Teseo, uno de los más bellos y el mejor conservado que resta de la antigüedad, y el bosque de columnas llamado la magnificencia del templo de Júpiter, en el que los atenien- ses emplearon setecientos años en construirlo. En más de un paraje de la ciudad antigua aparecen huellas casi extintas de edificios y jardines, que interesan tanto como

el recuerdo de sus hombres ilustres: el palacio de Alcibíades, la casita de Sócrates, el jardín donde enseñaba Platón, y también la tribuna de piedra desde donde hablaba Demóstenes, y la roca donde tenía su residencia el tribunal que juzgó a Sócrates. El interés histórico de estos monumentos es análogo al que despierta el resto de la Atica, sea que se visiten las ciudades de Eleusis, o Megara, sea que se hayan recorrido los campos de Maratón o las riberas de la isla de Salamina. Pero tiempo es ya de cerrar esta página: el ocaso llega a su fin, el triste Himeto enlutece con las sombras nocturnales aquel cuadro de dolor, la magna Atenas no es ya sino un cadáver, envuelta en el sudario de sus ruinas; Itálica resurge de la tumba, y, como dos hermanas compañeras de un mismo destino y de una misma pena, se abandonan en manos de la sombra a su duelo y orfandad.

LUIS ALBERTO CASTELLANOS

Colegio del Rosario: 1915.

EL INSTRUCTOR DE TERCERA PROBABCIÓN

ESCULTOR DE SANTOS (1)

AL ILUSTRE DOCTOR FÉLIX SARDÁ Y SALVANY (2)

El martillo en una mano
Y en la otra mano el cincel,
Mira, Félix, mira en él
Un Fidias, un Muns, un Cano.

Su vida es ser escultor,
Y es artista tan profundo
Que parece vino al mundo
A hacer santos por mayor.

Estatuas en su taller
Todo el año piden que haga
Los colegios de Gonzaga,
Las misiones de Javier;